

---

---

## PLATICA XXIV.

COMO EL SOBERANO SACRIFICIO DE LA MISA ES JUNTAMENTE REPRESENTACION DEL SANGRIENTO Y TIERNISIMO SACRIFICIO DE LA CRUZ.

---

*A 5 de Julio de 1691.*

---

UN gigante dormido, despertó en la antigüedad toda la admiracion: postrado él por la tierra, levantó sobre sí mas que gigantes los aplausos; y cerrados los ojos al sueño, le hizo tener abiertos todos sus ojos á la atencion. Idea fué de Timantes, pintor de grande nombre, retratar así dormido al Cíclope, mostrando con su pincel que si aquel tendido en la tierra, no habia quien alcanzara á tantear los tamaños de su altura, puesto en pié ni aun medidas habia que bastasen á su grandeza. Y por eso, así tendido al sueño el gigantazo, le pintó á la redonda muchos enanos, que con una caña, muy solícitos y diligentes por medirlo, empezando á varear por los piés, por mas prisa que se daban, aun no alcanzaban de llegar á la cabeza. ¡Bien pintada exageracion! pero solo pintada. ¡Oh, católi-

cos, y cuánto tenemos que admirarnos hoy en una imágen viva, en un retrato animado, y en una pintura que nos pone delante á su mismo original! Eso es el Santo Sacrificio de la misa; es un retrato que nos acuerda el mismo Original Divino que se nos dá; es una imágen que nos representa al mismo Cristo; y es juntamente el mismo Cristo que en esa imágen se nos representa. ¡Mas para qué así, siendo el mismo Cristo el que tenemos en la misa, quiere juntamente ser de sí mismo una representacion y una imágen? ¡Saben para qué? Para que probemos así á ver si podemos medir lo inmenso de sus finezas. Coged, pues, en la mano la vara de la Cruz, y mirad, fieles, si con esa Cruz podeis medir la grandeza infinita de este Gigante Dios, cuando mas humillado, cuando mas abatido está en ella por nosotros, ya no dormido sino muerto. ¡Oh, Jesus de mi vida! ¡Y quién habrá que por los tamaños de la Cruz acierte á medir cuánta fué de tu amor la grandeza? Enanos se quedan aquí aun los mas altos Serafines; pues esa medida sin medida de la fineza de Dios en su pasion y muerte, es la que nos representa, y la que nos acuerda el mismo Señor en este su incruento sacrificio, para que así conozca cuánta es su obligacion nuestro debido agradecimiento.

Esto es, pues, lo que se nos quedó para hoy en tres palabras de la respuesta pasada. *Misa*, os dijo el Catecismo, *es un Sacrificio que se hace de Cristo.* Hasta aquí explicamos, y añade: *y una representacion de su vida y de su muerte.* De modo que siendo el mismo Cristo el que real y verdaderamente se ofrece por nosotros en el sacrificio santo del altar, es representacion con que nos acuerda el sacrificio que ofrocio por nosotros en la Cruz.

Uno y otro tenemos que atender. Confiese y adore nuestra fé, que es el mismo Hijo de Dios el que en la misa se está ofreciendo por nosotros; juntamente nuestra memoria ha de tener á la vista el agradecimiento, el amor en aquel sacrificio sangriento, en que por nosotros se ofreció, dando su vida entre tan terribles tormentos. Y así, siendo el mismo Cristo el que en el altar se ofrece, es tambien representacion, imágen y retrato de sí mismo, como se ofreció en el Calvario. Esta memoria es la que nos pide por paga de tan indecible fineza: este recuerdo nos intima por retorno de un beneficio tan infinito. (*Luc. 22.*) *Hoc facite in meam commemorationem.*

Pero antes que pasemos, oigo ya que me proponen una duda, y es, que el retrato es siempre cosa distinta de su original; el retrato del Rey no es el mismo Rey, y vá de uno á otro lo que vá de lo vivo á lo pintado; pues si el Sacrificio de la misa es una representacion y un retrato del sacrificio que nuestra Vida Cristo ofreció por nosotros en la Cruz, ¿cómo puede ser en la misa el mismo Cristo el que se ofrece? que eso sería ser el mismo Cristo retrato de sí mismo. Así es, no hay duda; y explícome con este ejemplo: Ahí anda una comedia que se titula: *La mayor hazaña del Emperador Carlos V.* Es toda ella una historia de aquella generosa renuncia que hizo de la Corona y del Imperio, para tratar de morir: cosa bien sabida. Hacen ahora esa comedia. ¿Y qué es esto? pregunto.—Es una representacion no mas de lo que aquel Emperador hizo.—Es verdad; pero añado: Y si aquel Emperador viviera ahora, y él mismo por su persona quisiera salir á representar su papel; si así lo hiciera, ¿fuera esa solo representa-

cion?—No, uno y otro tuviera. Fuera representacion y fuera realidad. Realidad, porque era el mismo Carlos V, por su propia persona el que salia. Y representacion, porque él mismo representaba aquella heroica accion que antes hizo. Pues atendamos ya.

La mayor hazaña del mayor Emperador del cielo, es la que en la misa nos representa él mismo. Tal fué el amor de nuestro Dios, ponderan graves Padres, que así como para nuestro remedio estuvo por tres horas pendiente de la Cruz, si hubiera sido menester para redimirnos estarse en ella así clavado, sin cesar un punto solo de padecer, hasta el fin del mundo, lo hubiera hecho. Mas porque ni esto fué necesario, ni conveniente á los designios de la Divina providencia, ¿qué hizo este Amante Divino para satisfacer á su amor? Halló este modo prodigioso con que quedarse con nosotros en la tierra, continuando por instantes en el sacrificio del altar aquel admirable sacrificio de la Cruz. Pero de modo, que ya sin poder padecer la muerte, repitiese su fineza, representando, sin derramar la sangre, aquel sangriento sacrificio. Así, pues, oyentes míos, es en la misa el mismo Cristo el que en la realidad se ofrece, como se ofreció en la Cruz; pero es tambien representacion, porque nos acuerda los tormentos, los dolores, la sangre y la muerte que allí padeció. En el sacrificio de la Cruz se ofreció por nosotros perdiendo la vida. Pues eso representa en el sacrificio del altar, perdiendo, no ya la vida, que no puede, sino el sér Sacramental que allí adquiere. En la Cruz fué él por sí mismo el sacerdote que se ofreció al Eterno Padre; pues eso representa en el altar, ofreciéndose á sí mismo de nuevo, pero por mano de los sacerdotes.

¡Oh, representacion admirable, que así se junta con su misma realidad! Y siendo en la Cruz y en el altar una misma la víctima, uno mismo el Hijo de Dios que por nosotros se ofrece, solo se distingue en el admirable modo con que en el altar se nos representa: *Una enim, eademque est Hostia*, nos dice el Santo Concilio de Trento, (Ses. 22. c. 2.) *sola offerendi ratione diversa*.

Ya, pues, oyentes míos, si al ver representar una fábula, una ficcion, una mentira en una comedia, sin irnos nada, ó nos mueve á lástima la desgracia, ó nos irrita á cólera la sin razon, ó nos alegra el escape del enredo, ó nos pesa del mal suceso, siendo al cabo todo un engaño, una mentira, una farsa y una papelera, ¿cuáles son nuestros sentimientos, católicos, al ver con los ojos de la fé, y al asistir á esta representacion Soberana, con que en la misa se nos representa el acto mas lastimoso que jamas vieron, ni verán los siglos? ¿la tragedia mas sangrienta que llenó de horror hasta á los cielos? ¿la muerte mas terrible de un Príncipe el mas soberano, que murió en una Cruz porque viviéramos nosotros? ¿Cuáles son, pues, nuestros sentimientos al ver esta representacion prodigiosa en que nos vá tanto? ¿Qué amor para tal fineza? ¿qué agradecimiento para tal beneficio? ¿qué pesar para tales agravios? y ¿qué lágrimas del corazon por tal muerte? Pero ¡oh, Dios! que yo temo que ni aun una memoria nos debe. ¿Cuántos oyen misa sin hacer ni una memoria de la muerte del Hijo de Dios, que la misa nos representa? ¡Ah, representacion soberana, que no recabes de los corazones de los hombres, ni aun lo que de ellos recaba una comedia!

De un gran representante llamado Polo, refiere

Gelio, (l. 7. c. 5.) que habiéndosele muerto un hijo, que él quería mucho, se le ofreció luego representar en Athenas una tragedia: salió haciendo el papel de uno que llevaba los huesos de Orestes á su madre en una urna, y al hacerle el razonamiento, acordóse él de su propio hijo muerto: movido al dolor, las que habian de ser lágrimas fingidas, las derramó tan verdaderas y con tal afecto, que movió á lágrimas á todo el auditorio. ¡Ah, con cuánta mas razon nos moviera á nosotros á derramar ríos de lágrimas este Divino sacrificio, si avivando la fé, atendiéramos y nos preguntáramos nosotros mismos: ¿Qué muerte es la que allí se nos representa? ¿No es la del Hijo de Dios por mí? ¿por mi salud? ¿porque yo viva? ¿porque yo me salve? ¿Y por esto padeció de esta manera? Este pensamiento era el que á un San Felipe Neri le hacia mojar los corporales con tan abundantes lágrimas, que era menester mudárselos. Este pensamiento era el que á Santa Margarita, Reyna de Ungría, desde que alzaban la Hostia, la hacia prorumpir en una lluvia continua de lágrimas. Este pensamiento era el que en innumerables Santos los hacia prorumpir en afectos tiernísimos, y en sentimientos amorosos. Y este es el pensamiento con que en la misa quiere nuestra Vida Cristo, que le correspondamos á tan indecible fineza.

Un dia de San Miguel, oyendo misa la B. Angela de Fulgino, (Hautin. 380) le pidió al Santo Arcángel que le representase á su Señor en la Hostia, en aquella forma que el Eterno Padre quiere que le honremos. Oyóla el Archi-Serafin, y díjola: Ves aquí al Señor como lo pides. Y levantando los ojos, lo vió en la Hostia cubierto de llagas y sangre, clavado en la Cruz. Así quiere su Ma-

gestad que lo atienda nuestra ternura. Esta será la devocion en oír misa mas agradable á sus ojos: tenerlo presente con la consideracion en aquel sacrificio, en que por nosotros derramó su sangre en la Cruz.

Para hacernos, pues, mas clara esta soberana representacion de su muerte, quiso el Señor quedárenos bajo de las dos distintas especies de Pan y Vino. Pudiera dudar alguno así:—Padre, si el intento amoroso de nuestro Dios era quedarse con nosotros, y dándonos en manjar unirse tan íntimamente con nuestras almas, ¿para todo esto no bastaba con ponerse bajo de las especies de pan? ¿Pues para qué añadió tambien el ponerse bajo de las especies de vino?—Linda pregunta: Respondo que bastaria eso solo para el Sacramento, pero no para el Sacrificio que nos quiso instituir nuestra Vida Cristo; porque habiendo de ser memoria y representacion de su muerte, si en esta tuvo el Señor separada su sangre de su cuerpo, para representar esa separacion bajo de las especies del pan, por virtud de las palabras de la consagracion se pone su cuerpo; y bajo de las especies del vino, por virtud de las mismas palabras, se pone su sangre. Y así, aunque en una y otra especie está realmente todo Cristo; pero en la representacion lo que solo representa la Hostia, es su cuerpo; y lo que representa el Cáliz, es su sangre, para que así en su cuerpo y en su sangre separados, veamos al vivo representada su muerte. Por eso, pues, la consagracion en una y otra especie, es de la esencia de este Divino sacrificio, porque en esa separacion nos dejó el Señor expresada de su muerte la mas clara memoria. Así lo reconoce la Iglesia, que al punto que acabamos de consagrar en ambas espe-

cies, nos acuerda las palabras del Señor: *Hac quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis.* (Hautin. 313.) Eso le dió á entender su Magestad á la B. Isabel Sconaugiense, que oyendo misa vió sobre el Cáliz á nuestro Señor Jesucristo crucificado, y que corriendo de su cuerpo ríos de sangre, todos se recibian en el Cáliz, quedándose elevado su Santísimo cuerpo. Esta memoria de la pasion nos acuerda tantas cruces como hace el sacerdote en la misa, y tanto cuidado, no de la Iglesia sola, sino del cielo, en que al decirse la misa no falte la Cruz del altar. Dígalo el tan estupendo como sabido prodigio de la Cruz de Caravaca.

—Ya padre; pero esta misma memoria me ha exitado ahora una duda, que no me la he de llevar á mi casa, y es: que si con morir en la Cruz nuestro Señor Jesucristo, con solo aquel sacrificio sangriento nos redimió de la culpa con una redencion inmensa; si fué de tan infinito mérito aquella muerte, que bastó sola para alcanzar de Dios el perdon de todos los pecados, no solo de todo este mundo, sino de los pecados de mil mundos si los hubiera, ¿para qué se repite ahora incruento en la misa aquel sacrificio cruento de la Cruz?—Antes de responder á esto, quiero yo hacer otra pregunta: ¿Si uno tuviera doscientos mil pesos de caudal, pero todos puestos en la Casa Real, dijéramos que este era rico?—Sí, que tiene doscientos mil pesos.—Añado: y si él debiendo cobrar, ó del principal ó del rédito, ni de uno, ni de otro cobrara en muchos años ni un real solo, ¿dijéramos que este era pobre?—Sí, y con razon, pues moría de hambre.—Luego la riqueza está en uno y otro; en tener allí el dinero, y en cobrar á sus tiempos. Pues entendamos: La pasion de nuestro Dios es la que nos

juntó un tesoro inmenso; la misa es la que nos lo reparte y nos lo aplica: la pasión es la caja en que está nuestra infinita riqueza; pero la misa es la llave con que esa riqueza se nos participa: de modo, (¡oh, si os quedara muy fijo en la memoria lo que voy á decir!) que decir, ú oír una misa debidamente, es hacer que aquel Señor que murió por todos los hombres, como si volviera á morir por mí solo, ó por tí solo en particular, así me aplique á mí, ó te aplique á tí los méritos de su muerte. ¡Oh, mundo ciego, si conocieras esto! ¡Oh, almas engañadas, y si esto ponderárais con las debidas atenciones de la fé! ¿con qué ardores del corazón buscárais en la misa? ¿con qué devoción tan tierna la asistierais? ¿con qué amor? ¿con qué agradecimiento? Aquí teneis la llave de todos los tesoros de Dios; lograd los frutos de su sangre, que si con la debida disposición venis á ella, aquí se os aplicará todo lo que ganó en la Cruz.

Refiere nuestro Nicolás Serario (*Lib. 5. Rerum.*) que en Valdurna, lugar corto de la Diócesis de Vitseburg en Alemania, celebrando cierto sacerdote, y habiendo ya consagrado, sin saber cómo se le volcó en los corporales el Cáliz; y derramando el Sanguis, formó al punto en el lienzo esta prodigiosa pintura: En el medio quedó pintado un Crucifijo con toda claridad y expresión; y luego á la redonda de todo él le formaban orla unas verónicas: el Divino Rostro, digo, de nuestro Redentor, lleno de sangre y coronado de espinas. Pasmado y atónito á esta vista el sacerdote, con no sé qué miedo, (llamémosle imprudencia) sin hablar palabra, levantando secretamente del mismo altar una piedra, escondió allí estos corporales, para que con el tiempo se pudrieran. Pasado muy largo tiempo,

y habiéndole llegado á aquel sacerdote la enfermedad de la muerte, ya en sus últimos extremos, cuando á juicio de los médicos no podía dilatar la vida, aun se le dilataba en despedirse el alma; y ponderando todos su admiración, él mismo hubo de hacer reparo: ¿Mas si esto es por haber callado yo aquel prodigio? Llamó al punto, descubrió aquel suceso, declaró dónde se hallarian los corporales, y espiró al punto. Acudieron al lugar señalado, y halláronlos en la misma forma que he dicho; y habiendo hecho luego repetidos prodigios, llegó la noticia al Sumo Pontífice, entónces Eugenio IV, que el año de mil cuatrocientos cuarenta y cinco, con una Bula exhortó á los fieles á adornar con la debida magnificencia aquel altar, donde ésta tan prodigiosa reliquia se conserva para mayor incentivo de nuestra tierna memoria. ¡Oh, y la tengamos siempre en el Soberano Sacrificio del altar, donde gozamos los infinitos bienes que nos ganó el Señor en el sangriento Sacrificio de la Cruz! Logremos en el altar estas riquezas inestimables, pero con el recuerdo siempre de que en la Cruz fué donde nos ganó el Señor todos estos tesoros de gracia.